

ESTRATEGIAS DE EVALUACIÓN EN LA UNIVERSIDAD

EJE N° 4
Reseña de investigación

Álvaro Niño Uribe
Facultad de Ciencias Veterinarias, Universidad Nacional de la Plata
Clínica y sanidad de los ruminantes
anino@fcv.unlp.edu.ar

César Pruzzo
Facultad de Ciencias Veterinarias, Universidad Nacional de la Plata
Parasitología
cpruzzo@fcv.unlp.edu.ar

RESÚMEN

El conjunto de procedimientos o recursos utilizados por los docentes mediante técnicas de enseñanza con el fin de alcanzar los objetivos de un aprendizaje significativo se conocen como estrategias didácticas. Las estrategias de evaluación forman parte del aprendizaje y son una herramienta que permite conocer de manera objetiva, mediante un juicio, si lo que se enseña se aprende. En los últimos años se han producido un sin número de cambios e innovaciones en la educación universitaria. Una de ellas es la implementación de otras formas de evaluación, como son diagnósticas y formativas, además de las sumativas. Es importante el papel de los estudiantes, ya que ellos deben participar de los procesos evaluativos, ya sea mediante autoevaluación, evaluación entre pares e incluso sugerencias con antelación de cómo quieren ser evaluados.

Actualmente, la evaluación en la universidad debe responder a preguntas sobre ¿Cómo sabemos que los estudiantes aprenden? ¿Desarrollan nuevas habilidades? ¿pueden autorregularse?, y no ejercer una función preponderante de control, selección y clasificación. Por todo esto, es necesario cambiar hacia una evaluación basada en las habilidades intelectuales de los estudiantes relacionadas con la comprensión, la aplicación y el razonamiento y no solamente en el dominio de conceptos, principios o leyes.

PALABRAS CLAVE: Evaluación; estrategia; aprendizaje; autoevaluación; metacognición.

INTRODUCCIÓN

Se entiende como estrategia didáctica al conjunto de procedimientos o recursos, utilizados por los docentes, apoyados en técnicas de enseñanza, que tienen por objeto llevar a

buen término la acción didáctica, con el fin de alcanzar los objetivos de un aprendizaje significativo para mejorar la calidad del proceso (González y Triviño, 2018). Dentro de éstas, las estrategias de evaluación forman parte del aprendizaje y son una herramienta que nos permite conocer de manera objetiva si lo que se está enseñando se está aprendiendo, se toma conocimiento del objeto del aprendizaje, se emite un juicio del cual se toman decisiones, porque no solo está evaluando a los estudiantes, sino también se pone a prueba un proyecto. Este último se define como una propuesta académica en la educación superior en la que se explicitan ciertas previsiones, decisiones y condiciones para la práctica didáctica en el aula y que intenta hacer explícitos ciertos acuerdos que conforman aquello que puede objetivarse del contrato didáctico que se establece con los estudiantes y con la institución (Steiman, 2007).

La evaluación ha sido definida de diferentes maneras, Anijovich, por ejemplo, define a la evaluación como “una oportunidad para que los estudiantes pongan en juego sus saberes, aprendan a reconocer sus debilidades y fortalezas, además de la función clásica de aprobar y desaprobado” (Anijovich y col., 2010). Bertoni dice que “esta actividad consiste en atribuirle un juicio de valor a una realidad observada, y que este juicio compromete a todo el campo educativo” (Bertoni y col., 1996). Este campo incluye los ámbitos del aula y la escuela que debe articularse con el campo social e histórico. La evaluación es un proceso crítico reflexivo referido a todas las dimensiones de la enseñanza, en la que los actores comprometidos y centrados en el interés de comprender y mejorar, evalúan las distintas dimensiones de la situación didáctica (Mancini, 2020).

En los últimos años se han ido produciendo un sin número de cambios en la educación universitaria, con gran impronta de innovación, lo que ha conllevado a la implementación de otras formas de evaluación, poniéndolas en tela de juicio a la hora de determinar si mejoran el rendimiento académico de los estudiantes. El término evaluación evoca a una de las facetas más importantes en la tarea docente e incluso se entiende como una “encrucijada didáctica”, que afecta a los demás elementos educativos (Lizandro y col., 2017). Además, es un fenómeno psicosocial ya que de alguna manera se está etiquetando a los estudiantes, lo que puede producir una modificación en el desempeño académico, produciendo lo que algunos denominan efecto Pigmalión. En este efecto, la creencia que uno tiene sobre un sujeto puede influenciar en el rendimiento de este, generando una connotación positiva o negativa. A pesar de lo expuesto las evaluaciones, no captan el interés de muchos docentes, no más allá del hecho calificativo. Recientemente las literaturas y las diferentes investigaciones han resaltado el papel de las prácticas evaluativas en el aprendizaje conduciendo la introducción de nuevas metodologías y formas de evaluar, donde incluso los estudiantes tienen una participación mucho más activa, sin

duda, la evaluación formativa es la que más se distingue. Se entiende como a la evaluación que se lleva a cabo con la finalidad de mejorar la enseñanza y el aprendizaje, sobre todo por la utilización de la retroalimentación sobre las mismas prácticas (Lizandro y col., 2017). El papel que han ido tomando los estudiantes ha sido acompañado por la democratización de la educación, es por ello que también participan en los procesos evaluativos, mediante la autoevaluación o la evaluación entre pares e incluso que puedan sugerir como quieren ser evaluados con antelación. En el proceso de aprendizaje existen diversas propuestas de clasificación. Estas pueden catalogarse en base a la situación, la época o momento en se producen. Se conocen como diagnósticas, formativas y sumativas.

La evaluación diagnóstica, es aquella que se realiza con anterioridad al comienzo de un proceso educativo. Busca reconocer si los estudiantes antes del inicio de un proceso formativo poseen algunos conocimientos básicos para poder encarar o asimilar de manera significativa lo que se pretende enseñar. En este caso la finalidad es exclusivamente pedagógica, ya que las decisiones que se tomen a partir de ella tendrán repercusión en el proceso de aprendizaje de los estudiantes, en base a esto, podemos adecuar el programa y aplicar diferentes metodologías para enseñar aquello que deseamos que aprenda ajustándolo a los conocimientos preconcebidos. Desde el punto de vista del estudiante, la evaluación diagnóstica le puede ayudar a tomar conciencia de los conocimientos que posee, que es lo que creía saber, pero no lo sabe, conocer cuáles son sus modos de razonamiento, cuáles son los obstáculos o dificultades para apropiarse de ciertos saberes, le permite conocer en qué lugar se encuentra en vista a lo que se va a enfrentar, a lo que va a aprender (Campanario, 2002). Varias técnicas o procedimientos simples y algunos complejos se utilizan para efectuar la evaluación diagnóstica. La clasificación de Berliner señala que pueden utilizarse técnicas informales, basadas en la observación por medio de listas de control, entrevistas, debates o exposición de ideas y técnicas formales que se basan en pruebas objetivas, cuestionarios abiertos y cerrados, mapas conceptuales, pruebas de desempeño, resolución de problemas, informes personales KPSI (Knowledge and Prior Study Inventory), etc.

La evaluación formativa se realiza al mismo tiempo del proceso de enseñanza y aprendizaje, brindando la posibilidad de ir controlando y regulando el proceso de aprendizaje. En base a las acciones del estudiante, esta evaluación permite ir reconstruyendo o modificando las propuestas pedagógicas. El resultado en si no es tan valioso, sino la oportunidad de identificar fallas y obstáculos, pudiendo estos repararse en el momento en la medida que sea posible, por esa razón es que los errores de los estudiantes no son castigados, sino valorados, o tenidos en cuenta desde el punto de vista constructivo, indicándonos que nos falta, o donde es necesario

remodelar en las estrategias educativas. En este tipo de evaluación, se promueve hacer énfasis en valorar y destacar los logros, aciertos y avances que los estudiantes van alcanzando, además, de permitirle conocer cuáles son los criterios tenidos en cuenta a la hora de valorar su aprendizaje. Cuando llevamos a cabo este tipo de evaluación, ocurren procesos regulatorios de enseñanza y aprendizaje, que pueden realizarse de diferentes modos. El primero es un modo retroactivo. En este caso, la regulación se realiza después de una evaluación puntual o de una actividad, donde se refuerza lo ya dado, se va hacia atrás, se remienda lo que no fue aprendido de forma adecuada y se solventan las dificultades encontradas. El segundo, el modo proactivo, está dirigido a programar actividades futuras con el propósito de consolidar o profundizar el aprendizaje, o que los estudiantes puedan superar o soslayar obstáculos que no lograron superar en el momento de la intervención. Este tipo de evaluación está dirigida a que sean los propios estudiantes quienes se encarguen de regular sus procesos de aprendizaje, buscando lograr que estos aprendan, desde la heterorregulación evaluadora del docente, a apropiarse de los criterios para aprender a autorregularse en su evaluación y en su aprendizaje. Lo que trata este sistema de evaluación es de compartir responsabilidades, que no sea el docente el único encargado de llevar a cabo la evaluación, sino además que los estudiantes también participen desde su lugar dentro de la instrucción. Es posible aplicar diferentes alternativas de evaluación. La autoevaluación, que realiza el estudiante de sus propias producciones, la coevaluación, que se produce en conjunto entre el docente y el estudiante sobre un trabajo realizado y la evaluación mutua, donde son los estudiantes y sus pares, quienes se encargan de evaluar las producciones realizadas por ellos.

La evaluación sumativa o final, es aquella que la mayoría conocemos y que cuando se habla de evaluación la vinculamos con está. Se realiza al finalizar un proceso instruccional o ciclo educativo, con el fin de verificar si se cumplen o logran las intenciones educativas, es decir, si lo que se propuso como objetivo o meta fue logrado. Este tipo de evaluación nos permite obtener conclusiones sobre el éxito o el fracaso de la propuesta educativa y está asociada con procesos de calificación, acreditación y certificación. Cuando finaliza un ciclo educativo, la institución y el docente tienen la obligación y el compromiso de dar un juicio, donde se acredite el grado o nivel de aprendizaje logrado por los estudiantes. Se trata de avalar que el estudiante adquiera las competencias necesarias para enfrentar otro nivel educativo o puede realizar algún tipo de práctica técnica o profesional. Cuando la evaluación sumativa se realiza al término de un ciclo educativo, y se da una valoración, es cuando más asociada esta con un proceso de acreditación. Este tipo de evaluación además de cumplir una función social también sirve para tomar decisiones de orden pedagógico, que influyen en el proceso educativo y en los

estudiantes. La función pedagógica de la evaluación sumativa se basa en propuestas como: la información en un momento dado puede contribuir a una mejor adaptación de un programa al cual se integran los estudiantes, y le permitirá al docente reflexionar y derivar conclusiones globales sobre la propuesta pedagógica que siguió en dicho proceso o ciclo; promover regulaciones proactivas en las próximas unidades de aprendizaje para facilitar la adquisición de estrategias autorreguladoras en los estudiantes; utilización de técnicas, instrumentos o situaciones de evaluación en las que participen y se involucren activamente los estudiantes, y les sirvan como experiencia para adquirir criterios de autoevaluación y autorregulación de sus aprendizajes; buscar formas alternativas de comunicar a los estudiantes y los padres los resultados para disminuir el componente acreditativo; cumplir su función acreditativa sólo al término de un ciclo completo (Steiman, 2007).

OBJETIVOS

1. Conocer y profundizar los conceptos de evaluación a partir de diversos autores y la variedad de estrategias evaluativas propuestos por estos.
2. Comprender a la evaluación continua y enfocarla hacia el mejoramiento de las capacidades de los estudiantes.
3. Analizar el uso de la retroalimentación permanente y oportuna a lo largo de las actividades evaluativas en los estudiantes.
4. Distinguir los procesos de autoevaluación en los estudiantes por medio de sus logros y avances.

ESTRATEGIAS EVALUATIVAS

Las estrategias evaluativas deben brindar respuestas al interrogante de ¿Cómo sabemos que los estudiantes están aprendiendo? Los estudiantes aprenden mejor cuando son protagonistas, desarrollan habilidades metacognitivas, eligen y reciben respuestas, tienen claro lo que aprenden, establecen vínculos con el docente y con los demás estudiantes. Aprenden cuando explican con sus propias palabras, formulan preguntas, crean y experimentan, relacionan con los temas, transfieren, piensan y hacen visible su aprendizaje. El estudiante debe aprender a aprender, para así, autorregular su aprendizaje.

Es necesario interiorizar que el aprendizaje y la evaluación conforman el mismo continuo conceptual y que necesita elementos clave para que se genere un cambio metodológico. Algunos de estos elementos son: la identificación de las competencias y fijación del nivel de desarrollo competencial estableciendo niveles de logro; descripción de actividades donde se

expresen las competencias asociadas a cada actividad y concretar los resultados de aprendizaje esperados en estas; y, por último, instrumentos o medios para evaluar la competencia.

En la evaluación de estas competencias, la pirámide de Miller puede convertirse en una herramienta útil para ayudar a elegir estrategias de evaluación coherentes. Esta pirámide distingue dos grandes tipos de pruebas que podríamos clasificar en evaluación tradicional (o pruebas de papel y lápiz) y evaluación de ejecuciones. La evaluación tradicional engloba las típicas pruebas, en las que se hace más hincapié en los objetivos de conocimientos y de saber. Existen 2 tipos de pruebas tradicionales, las que enfatizan habilidades de bajo orden (recuerdo, comprensión), y las que enfatizan el pensamiento de alto orden (aplicación, síntesis, evaluación). La evaluación de ejecuciones es diversa y permite abarcar un rango más amplio de competencias con habilidades disciplinarias o competencias transversales. Exige que los estudiantes, en un momento determinado, demuestren, construyan, o desarrollen un producto o solución a partir de condiciones definidas previamente (Mateo y col., 2013). Es importante que la evaluación se produzca bajo situaciones estratégicas, que conecten a los estudiantes con las situaciones y las condiciones de la vida social y real.

Actualmente, en la universidad la evaluación sigue ejerciendo una función preponderante de control, selección y clasificación de los estudiantes. No solo se basa en el dominio de conceptos, principios o leyes, sino de las habilidades intelectuales relacionadas con la comprensión, la aplicación y el razonamiento (Davini, 2012). Integra la evaluación de habilidades complejas como resolución de problemas y creación y producción de conocimiento, incluyendo las habilidades sociales relacionadas con el trabajo en equipo, la colaboración y la empatía, así como la evaluación de actitudes como el respeto hacia la posición de los otros, la escucha activa, la tolerancia, el compromiso en la tarea y la responsabilidad (García, 2014). La retroalimentación, el juicio crítico, la participación de los estudiantes y el diálogo sobre lo aprendido hacen formativa a la evaluación.

Como se mencionó anteriormente, existen dos concepciones de evaluación: una formativa, centrada en la calidad de la experiencia vivida y en el proceso de aprendizaje, y otra, acreditativa, con fuerte peso en la especificación de resultados y estándares de calidad de producto. La enseñanza, el aprendizaje y la evaluación deben ir de la mano. Una evaluación final o tradicional no facilita el aprendizaje, no genera interés, genera poca motivación e implicación debido a que la única motivación de los estudiantes es aprobar, es decir, obtener un número cuantitativo suficiente. Por lo general, su modo de entenderla es como un control, y sus actos de evaluación se reducen a la sumatoria de notas y calificaciones que impiden la

reconstrucción de conocimientos, la autoevaluación y al fomento de la autonomía por parte de los estudiantes.

En un criterio pedagógico para la formación en las prácticas docentes, la evaluación es un aspecto central con un alto valor formativo durante el proceso de aprendizaje. Es necesario desarrollar la evaluación de proceso o continua, dirigida a brindar seguimiento a los estudiantes, apoyar sus logros, reorientar actividades, corregir en la marcha, como parte de un buen proceso de enseñanza. La evaluación es un componente central del buen aprendizaje, si se le brinda una retroalimentación permanente (Davini, 2012). Todo aprendizaje debe ser evaluado y toda evaluación debe producir aprendizaje. La evaluación le da sentido al aprendizaje reforzando su orientación al desarrollo competencial generando metacognición y capacidad de autorregulación de los aprendizajes por parte de los estudiantes. Es imposible concebir un aprendizaje de calidad sin una clara vinculación de este con los procesos evaluativos.

En la práctica docente se utiliza la evaluación de proceso. Esta es continua y apunta a la mejora y perfeccionamiento de las capacidades que se busca formar, brindando retroalimentación a los participantes, en forma individualizada y en forma grupal, a lo largo de las actividades, para mejorar, valorar, corregir, apuntalar o rehacer las tareas (Davini, 2012). Dentro de este procedimiento, es importante incluir a los estudiantes en la autoevaluación de sus procesos, mediante el reconocimiento de sus logros y sus dificultades para generar más autonomía de reflexión y de acción. Una evaluación productiva implica dar retroalimentación permanente y oportuna a lo largo de todas las actividades. Es necesario el seguimiento del proceso en forma gradual y acumulativa, así como de la participación de los estudiantes en el proceso de evaluación. Una evaluación auténtica ayuda a los estudiantes a ser más conscientes de sí mismos y apoya la motivación, debido a su participación en la identificación y registro de sus experiencias, producciones y logros (Campanario, 2002).

Para la autoevaluación se deben tener en cuenta ciertos recursos que la favorecen como, cuadernos de narraciones personales realizados por el propio estudiante, con énfasis en relatos significativos y experiencias valoradas por él mismo en su proceso de aprendizaje y desarrollo personal vinculados con la formación en las prácticas, portfolios que constituyen la recopilación y archivo de los trabajos, experiencias y producciones importantes para él, y por último, registros de logro realizados por los profesores sobre las capacidades, habilidades y resultados logrados por los estudiantes.

Toda evaluación debe ser integral porque no se ocupa sólo de los aprendizajes de los estudiantes, sino también del valor y de la pertinencia de la propuesta de trabajo, así como de la calidad de los procesos, estrategias y recursos puestos en práctica. La intención de esta

evaluación es el análisis y mejora permanente del programa propuesto con todos los actores involucrados.

CONCLUSIONES

Habiendo mencionado todo esto, en la facultad de Ciencias Veterinarias los procesos de formación y de evaluación en la gran mayoría de asignaturas, están basados en un plan de estudios diseñado desde hace ya varios años. Aunque las prácticas evaluativas se desarrollan con un modelo participativo, que estimula a los estudiantes a investigar, analizar y cumplir con el proceso, siguen teniendo una fuerte connotación cuantitativa, con algunas trazas incipientes de lo cualitativo. Si bien se han pensado e intentado otras formas de evaluar, las que predominan en la facultad siguen siendo aquellas que buscan cumplir objetivos y reconocerlo con un número, sin brindar retroalimentación desde los docentes, al final, la funcionalidad del examen es de certificar la adquisición de los conocimientos adquiridos. Esto tiende a generar en los estudiantes tácticas y estrategias para liberarse rápidamente del tema en cuestión y seguir adelante con sus obligaciones académicas. Si bien el docente realiza anotaciones y correcciones estas no son transmitidas a los estudiantes como parte del aprendizaje, pareciera ser que el fin último es alcanzar una nota suficiente para aprobar la asignatura, olvidando que esta instancia forma parte de la incorporación de conocimiento, y no se contempla lo que realmente está sucediendo.

En los primeros años de la universidad la evaluación constituye una instancia crítica que debe ser revisada en su conjunto ya que es ahí donde se producen las más altas tasas de abandono, lo que también podría interpretarse como un medio de selectividad social (Pierella, 2016). Estas tasas de abandono en los años iniciales son altas, tal vez, por malas prácticas de evaluación y de aprendizaje. La masividad de la curricula y la baja proporción de docentes en relación con el número de estudiantes, donde muchas de las estrategias de evaluación formativas son dificultosas de llevar a cabo, debido a la mayor demanda de horas y esfuerzo de trabajo por parte del docente, son más obstáculos en estos años. Es por esto que la mayoría de los docentes utilizan la evaluación sumativa o final.

Sin embargo, no debemos desvalorizar la evaluación sumativa, ni pensar que es antigua. Es necesario reestructurar nuestro pensamiento hacia ella, tanto desde los estudiantes como de los docentes, sacarla en parte, de ese lugar riguroso de certificación y de habilitación, sacarla del lugar de cumplimiento institucional, tratar de cambiar la mirada que los estudiantes tienen de ella. No olvidar que este tipo de evaluación es una estrategia más, aunque muchas veces pareciera ser la única.

Se debe reconocer que el docente no solo funciona a la hora de evaluar como un juez que declara quien aprueba o desaprueba, sino, también, como un médico que diagnostica problemas, y, por ende, propone tratamientos (Carlino, 2004), sin olvidar que los resultados de la evaluación tienen relación directa con el objetivo de ella. Una evaluación debe ser implícita cuando ocurre en la interacción cotidiana entre maestros y estudiantes, y explícita, cuando es organizada y se efectúa empleando metodologías e instrumentos de carácter variado, todo al mismo tiempo, de esta forma tal vez, podría convertirse en algo formativo. Entonces, para mejorarla debemos interpelarnos antes de la propia evaluación, de que es lo que se está enseñando, que saberes aportan a la vida del estudiante y a la del futuro profesional, ¿qué es lo que se está dejando de aprender y por qué?

La evaluación les da a los alumnos la posibilidad de demostrar sus saberes, poner en juego sus conocimientos, pero en estas instancias, el sujeto no solo va acompañado de sus saberes, sino además de sus emociones, sentimientos, experiencia de vida, etc., factores que algunos autores consideran que son evaluados o puestos en juego también. Cuando un docente está evaluando, en cierta manera emite un juicio, que debe ser justo ante grupos tan heterogéneos, el docente debe interpelar y encontrar estrategias acordes para que lo justo, sea lo mejor posible. La evaluación vislumbra el resultado de un proyecto de enseñanza y es a través de ella donde se puede ver si lo que se propuso fue logrado. Como explican la mayoría de los autores, dependiendo de la estrategia evaluativa utilizada, podremos intervenir en el mismo momento del proceso de enseñanza, reforzar el conocimiento o incluso modificarlo.

Es necesario replantearse las intenciones de la evaluación reconociendo que se evalúa para medir, apreciar y comprender a los estudiantes en situaciones problemáticas, así como para conocer los efectos de esta sobre la acción, es decir, determinar qué se hará con los resultados, sin olvidar que una evaluación puede ser estimativa, con un enfoque cuantitativo, lo más próximo posible a una medición apreciativa, que privilegie lo cualitativo. En los procesos evaluativos de la facultad hace falta un encadenamiento de todas estas estrategias para mejorar el aprendizaje de los estudiantes y futuros profesionales.

Para cualquier docente inmerso en un proceso educativo, es importante no olvidar y siempre tener presente, que todo aprendizaje debe ser evaluado y toda evaluación debe producir aprendizaje, tanto para estudiantes como para docentes, sin olvidar que esta debe ser válida, explícita y educativa.

La evaluación nos permite reflexionar sobre nuestra trayectoria, nos permite reestructurar, reafirmar lo que sabemos, lo que creemos que sabíamos, pero no lo sabemos y lo que deberíamos saber. Para terminar, debemos entender que aprendizaje y evaluación forman parte

de este continuo conceptual y todo aprendizaje debe ser evaluado y toda evaluación debe producir aprendizaje (Mateo y col., 2013).

Bibliografía

1. Anijovich, R.; de Camilloni, A. (2010). "Evaluación significativa". Capítulo 5 "*La retroalimentación en la educación*". Ed. Paidós.
2. Bertoni, A.; Poggi, M.; Teobaldo, M. (1996). Evaluación. Nuevos significados para una práctica compleja. Buenos Aires. Kapeluz. Triángulos Pedagógicos.
3. Campanario, J.M. (2002) ¿Qué puede hacer un profesor como tú con una clase tan masificada como ésta? Revista Docencia Universitaria Vol. 3 Nro. 1 mayo 2002.
4. Carlino, P. (2004). La distancia que separa la evaluación escrita frecuente de la deseable. Rev. Acción Pedagógica, Vol. 18 No. 1.
5. Davini, M.C. (2012). Acerca de las prácticas docentes y su formación. Ministerio de Educación. Presidencia de la Nación.
6. Díaz, F. y Barriga, A. (2002) Estrategias docentes para un Aprendizaje significativo: una interpretación constructivista. México: McGraw Hill.
7. García, L. (2014). "Evaluación formativa de los aprendizajes en el contexto universitario: Resistencias y paradojas del profesorado." ("Evaluación formativa de los aprendizajes en el contexto ...") Educación XXI, 17 (2), 35-55. Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, España.
8. González Losada, S. y Triviño García, M. (2018). Las estrategias didácticas en la práctica docente universitaria. Revista de currículum y formación del profesorado. Vol. 22, No 2.
9. Lizandro, J.; Valencia-Peris A.; Gago, R. (2017). Itinerario de la evaluación y su relación con el rendimiento académico. Revista de docencia universitaria Vol. 15, No 2.
10. Mancini, V. (2020). La Evaluación en la Universidad. 3o Jornada sobre Prácticas Docentes en la Universidad pública. UNLP. Bs. As. Argentina.



11. Mateo J. y Vlachopoulos, D. (2013). Evaluación en la universidad en el contexto de un nuevo paradigma para la educación superior. *Educación XXI*, 16 (2), 183-208.
12. Pierella, P. (2016). Los exámenes en el primer año de la Universidad. ¿Instancias de formación o mecanismos de selectividad social? (“Los exámenes en el primer año de la universidad ...”) *Revista Trayectorias Universitarias*. Vol. 2, No 2.
13. Steiman, J. (2007). *Más Didáctica -en la educación superior-* Capítulo 1: Los proyectos de cátedra. Miño y Dávila-UNSAM.